



LAS TORPEZAS DE UN LIBRO EXCEPCIONAL: *EL INFINITO EN UN JUNCO*, DE IRENE VALLEJO

Por Fulgencio Martínez

Entono el mea culpa como profesor de filosofía. Pero qué poco ha calado la reflexión filosófica, el espíritu griego en la enseñanza, en España (y no solo en España, me temo). Durante generaciones y generaciones, en el siglo XX y en lo que llevamos de este siglo XXI, se han invertido fondos, dedicado impuestos que pagamos los trabajadores de cada país, para que en las Universidades hubiera -haya- educación filosófica, investigación, pedagogía, focos de amor a la filosofía y extensiones de su espíritu crítico y autocrítico. En muy loable ensayo, desde los ochenta el Gobierno de **Felipe González** y su ministro de Educación, **Maravall**, asistido entonces por un inteligente secretario de Estado, **Rubalcaba**, se ha impulsado en España la creación de plazas de profesor de filosofía. Todo ese impulso se echaría por tierra con el Ministro **Ignacio Wert**, del Partido Popular, y luego con **Ínigo Méndez de Vigo**, auténticos sayones del *dolce far niente* (en educación y cultura) de **Mariano Rajoy**, presidente por descarte. Mientras regiones, "históricas" comunidades, reinos de taifa de hecho, proseguían haciendo **su** cultura, poniéndole empalizadas para que no entrara la cultura

intrusa española (por ejemplo, un detalle, creando repositorios como RACO, de la Generalidad catalana, que solo acoge artículos en catalán y sobre asuntos de *Catalunya*), la educación ha ido decreciendo. Donde no cala la filosofía (y con ella el espíritu crítico y las virtudes dianoéticas de la ciencia y del amor a la verdad) no hay educación, en general; ni en el nivel de Bachillerato ni en el de la Universidad.

Pero, si todo ese déficit institucional es un peso hoy triste, no depende de mi responsabilidad, al menos directa. Tampoco sería responsable este profesor del poco o nulo interés, o flaca capacidad, de la mayoría de los españoles (incluso aquellos que tienen altos estudios) para el pensamiento crítico filosófico. Pero no estoy seguro. Puede que sí. Puede que no sea tanto cuestión del alumno falto de motivación o de curiosidad, o de aptitud filosófica, o de las tres cosas, como del profesor (hablo de mí). Tal vez nuestra preparación como profesores desde la Universidad nos predisponía a la melancolía. Salvo en los dos primeros cursos, la Universidad que conocí (y estuve en cuatro, Murcia, Comillas, Autónoma y Complutense de Madrid, hasta concluir en una quinta, la UNED, donde obtuve un doble máster en Filosofía y Filología Hispánica), los alumnos, en su mayoría (salvo excepciones, aquellos tutelados por determinados profesores, o enviados a las Universidad pública desde el Opus, hoy supongo que los enchufados por los partidos políticos) deambulábamos como pollos sin cabeza por los pasillos, *hall*, cafeterías y aulas universitarias. No tuvimos un estímulo y una mano que guiara por parte de los profesores (muchos de ellos, los mayores, se habían ya entronizado, y los jóvenes, antiguos penenes, se habían vuelto más deseosos de medrar en la prensa, en la política, también en la propia escala académica, y habían ya dado la espalda a los alumnos)

La filosofía es un espíritu crítico, incómodo, incluso para el que lo tiene. Debería ser también incómodo para aquellos que son objeto de la crítica. Y esto es lo que, por desgracia, cada vez ocurre menos en el mundo. El espíritu filosófico no ha desaparecido, sí su poder de lacerar, incomodar, agredir dialécticamente, ridiculizar y hacerse temer ante los nuevos dueños del poder y de la palabra: ante las llamadas *fakes*, los llamados activistas, que son otros tantos exhibicionistas que usan las causas que supuestamente defienden para exhibirse en sus *selfies* y sus *happenings*; ante los políticos, que han aprendido a diluir la política en la propaganda más que los dos Joseph, **Goebbels** y **Stalin** juntos, y a sustituir hechos e ideas por palabras que tergiversan aquellos y estas, y lo envuelven todo en un magma de emociones básicas.

La ausencia de espíritu filosófico ha caracterizado a algunas épocas de la Historia. Pero quizá sean estos años de la primera parte del siglo XXI en los que la ausencia

nombrada puede decirse total, o casi total. Mucho me temo que por tal nos conocerán a los coetáneos en épocas venideras, pero, allá, en épocas remotas; porque esta época quizá ha venido a multiplicarse.

Incluso en publicistas y comunicadores brillantes la ausencia de sentido crítico es abismal. Se nota, nada más empezar, en esto: no tienen sentido filológico. Usan el lenguaje tal como viene manido, en clisé. Si tratan, en televisión o en prensa, el problema de los asaltos a la propiedad de la vivienda, echan mano de términos al uso: *okupas*, *okupación* (que son creaciones de parte, tomados del "teletipo" acrítico, o supuestamente tal, pues ya definen con esos términos la cosa y el campo de discusión; como si los periodistas fueran abogados defensores de los *okupas*, en realidad allanadores de domicilios). La *ley del sólo sí es sí* que ha dado beneficios a más de mil violadores, en su mayoría pederastas, solo ha tenido un debate en relación con los derechos de la mujer, cuando los más afectados son niñas y niños, menores de edad, a los que la ley dice hipócritamente proteger en grado máximo. El caso de **Mónica Oltra** protegiendo a su exmarido, en contra de la protección a una menor, no es aquí significativo. Toda persona en su integridad moral piensa que el respeto a la infancia es lo prioritario, el valor de los valores, como dice en un artículo **Anna Rossell**, pidiendo mejorar los protocolos contra la pederastia en los centros de educación, en especial, en los religiosos, y en concreto, en los colegios salesianos (que, por otra parte, son centros de prestigio académico).

Más aún, incluso en escritores la formación crítica filosófica es un barniz leve. Es el caso de la autora de un libro que he leído hace poco y que es tan excelente en cuanto a su estilo, narratividad y contenido cultural. Me refiero a **Irene Vallejo** y a su libro *El infinito en un junco*.

En un pasaje, al hablar de la *Ilíada*, comenta el consejo de los aristócratas en el que intenta intervenir Tersites, el "demócrata". Ese comentario sobre la *Ilíada* lo presenta ya previniendo a los lectores contra la "ideología opresiva"¹ a la que **Homero** ha de servir. Son temas que se prestan al fácil comentario desde el presente, y de nuestra superioridad moral progresista (entrecomillo las cuatro últimas palabras: *nuestra, superioridad, moral, progresista*).

El presentismo (si me permiten el término) es una falacia que nos impide pensar en nuestra época porque pensamos todo desde nuestra época. Encierra una

¹ Cf. Irene Vallejo. *El infinito en un junco*. Penguin Random House, 2022, Barcelona p. 131. Edición de Bolsillo. (1ª ed. 2019): "Entre las enseñanzas heredadas encontramos valiosas dosis de sabiduría antigua, pero también expresiones de ideología opresiva". No dice "fascista", pero se entiende que ella está en el lado bueno.

paradoja la cosa: pensar desde nuestra época, en nuestra época, supondría renunciar a pensar desde nuestra época. De esa paradoja solo se sale con espíritu filosófico, asumiendo, como hace la hermenéutica de **Hans-Georg Gadamer**, que toda tradición implica prejuicios pero que estos no siempre son negativos, obstáculos o malas hierbas que ha de arrancar el investigador, sino casi siempre ocurre lo contrario, es en ellos donde está la verdad de un texto antiguo, de una época o pensador.

Si supieran hoy los Homero, Aquiles, Patroclo, Agamenón, Héctor, que ellos eran detentadores de una "ideología opresiva", se reirían, claro. Hasta qué punto dos clases mal dadas de marxismo y todos los prejuicios de nuestro tiempo presente pueden ser elementos de un buen chiste que solace, en el descanso de sus armas, a aquellos troyanos y aqueos.

En otro pasaje, la autora citada comenta el diálogo *Fedro*, de **Platón**. El comentario de Irene Vallejo no es nada trivial, es atinado: denota conocimiento del tema y de la bibliografía secundaria sobre el mismo. Ha leído mucho y tiene capacidad de hacer interesar a los lectores por los puntos conflictivos, y aun hoy, incluso hoy en especial, rabiosamente vigentes en el diálogo. La escritura, ese *fármaco* (medicina, remedio) de la memoria, dice Platón; es obvio que se necesita un fármacos cuando hay enfermedad, si no, sería ocioso; a no ser que fármacos, como los antropólogos sobre Grecia nos dicen, también pueda aludir a droga y a "farmacón" víctima propiciatoria. Irene Vallejo solo alude a la primera acepción de fármacos como remedio, ayuda mnemotécnica. También, pues Memoria, Mnemosine, es Madre de las Musas, los libros, en tanto fármacos de la memoria, pueden ayudar a la inspiración de nuevos libros: la cultura escrita y el saber del saber y el comentario se inicia ahí. Pero también, en un sentido más creativo, lo escrito, los libros inspiran, no solo nuevos libros, sino todas las artes. La musa de la escritura se convertirá en la nueva madre de las ocho restantes musas e incluso arrinconará a la madre. Toda una revolución, sin duda; de la cual venimos.

Aunque es cosa de egipcios el relato que narra Sócrates (en "*Fedro*") y son egipcios los dos protagonistas del mismo, el dios Teuth inventor de la escritura y el faraón Tamus, que juzga tal invención, es **Sócrates** en realidad como el narrador de dicho relato o mito egipcio quien está al habla en el diálogo. Sócrates y tras él Platón. Claro que no solo anuncia el mito los cambios y crisis que sucederán al paso de la oralidad a la cultura escrita (hoy llevada esta a su máximo en la sociedad digital), sino que Sócrates enuncia también dos agujijones críticos (como buen tábano que era, según sus paisanos contemporáneos y sufridos objetos de sus conversaciones filosóficas en el ágora). Esos dos agujijones no tienen respuesta aún, en nuestra época ni son sentidos: uno, los libros nos dan una

aparición de saber, pero no responden con razones cuando se les pregunta, y solo preguntando y oyendo las respuestas, en diálogo, se llega a un poco de conocimiento. Y dos, el saber o, mejor información, libresco no está incorporado a uno mismo: el conocimiento es alimento personal, nos prepara para el cuidado ético (Sócrates fue el inventor de la ética, un invento no menos importante que el libro; la ética dice tú eres tu propio guardián y responsable de ti mismo, tú y nadie más, haya o no dioses, hayas sufrido o gozado de una infancia feliz o infeliz, seas esclavo, amo o señor, víctima o verdugo: nada de eso importa, solo estás tú ante ti, ante tu conciencia, solo tú eres responsable de tu salud, de tu cuerpo, de tu alma. La filosofía te puede ayudar al cuidado de esta, la medicina a cuidar de tu cuerpo, pero tú tienes una primera responsabilidad sobre todas tus otras ocupaciones: cuidar de ti. ¿Por qué de ti? El destino quizá lo sepa. Hay, acaso, una misión encomendada para ti: tú).

Con Sócrates comienza, en efecto, la ética y el individuo.

Sorprende que la autora de *El infinito en un junco* se permita, primero, la gracia tópica de meterse con los alumnos de Sócrates, que le parecen convidados de piedra. No sabe que esa era la misión del iniciado, aprender, escuchar atentamente (no había nada de pasividad en seguir las complejas argumentaciones de Sócrates) y preguntar, o prepararse para preguntar. La filosofía no es escuela de sofistas que discuten sin haberse formado antes en la escucha del logos razonador del maestro. Los conformes de los alumnos equivaldrían a sí, te estoy siguiendo, vale, hasta ahí te comprendo, sigue, sigue por favor, razonando y ampliando mi mente.

En otra alusión final a Sócrates la autora acaba descargando sobre este un cierto desprecio que es hijo de nuestra época, supuestamente muy sensible. Sócrates, el supuesto despreciador de los libros, que harán olvidar la memoria, dice Irene Vallejo, qué hubiera pensado de aquellos niños de una isla griega que estando en la escuela fueron asesinados por un bruto frustrado, antiguo boxeador, quien derribó por rabia la columna que sostenía el edificio donde los niños y no sabemos si también las niñas griegas aprendían en esos libros que Sócrates critica. El racional, el crítico Sócrates, y ahora el insensible, el casi moralmente cómplice de un psicópata y asesino de niños y odiador de los libros. La historia se repite, dicen, y la fama de Sócrates acumula puntos para la cancelación del personaje.

En un libro como este que comento, y que ha recibido tan merecidos elogios, y al que no dudo en llamar extraordinario tanto en su aliento como en su escritura, me produce una mezcla de tristeza y sorpresa el tratamiento que en él se dedica a la filosofía y a los filósofos como Sócrates y Platón. Contrasta esa mirada

superficial a los filósofos con las líneas, hermosas, sugerentes, que dedica Irene Vallejo a **Esquilo, Safo, Heródoto**, los bibliotecarios de Alejandría... Cada autor es muy libre de expresar simpatías y antipatías; sólo me llama la atención la incompreensión.

Sócrates sonreiría si le pusieran ante la disyuntiva de elegir entre la cultura viva y los libros, o entre la filosofía y los escritos. No tendría, para el ateniense, ningún sentido esa simple polaridad. Sócrates amaba leer los discursos de los sofistas y había leído a los filósofos como **Anaxágoras** y a los poetas... para criticarlos. Amaba tanto la conferencia de un sofista célebre como su *discurso* escrito. De hecho, sin libro no habría crítica de libros y fueron, precisamente, los filósofos atenienses, Sócrates, Platón y a partir de ellos, **Aristóteles** quienes iniciaron la crítica filosófica de los libros, y de paso la crítica cultural y la historia de las ideas. Detrás vendría la filología, y ambas perspectivas, filosófica y filológica, que arrancan de Sócrates-Platón-Aristóteles y llegan hasta **Nietzsche**, en la segunda parte del siglo XIX, son necesarias para entender la historia cultural del libro.

Platón, anterior a su discípulo Aristóteles, fue el mayor literato griego, no solo por la cantidad de escritos (diálogos y cartas) sino por la profundidad, belleza y recepción culta y popular que tuvieron sus obras; algunas como *Banquete, Apología, Fedón* y *República* auténticos *bestsellers* antiguos. (No de un año, sino de casi un milenio). Platón creó, de hecho, la literatura occidental que vendría tras de él, consciente, en su época, de la crisis e inminente transformación de la *polis*. Creó el mito fundacional de nuestra cultura occidental: el *mito de la caverna* y en él situaría las conversaciones y los escritos en la misma pantalla que los ecos y las imágenes, y daría, así, oficio a la crítica filosófica, filológica y cultural del futuro. No todo es oro en lo escrito, ni todo lo escrito es oro, y a veces el oro está escondido en la plata y en otros materiales aparentemente viles. Desde entonces la filosofía (la occidental, al menos) no ha renunciado a ser un logos crítico, en primer lugar, de las palabras de la tribu, incluidas las de la propia filosofía.

Si el trato con Sócrates le causa a Irene Vallejo la necesidad de oponerlo a la bondad de los libros, sin entender que ser crítico de los libros significa un alto grado de amor a ellos, en el caso de Platón minimiza su papel de una forma ridícula (siendo amables con la autora del libro que comento).

Impulsada por la mirada de moda hacia la sensibilidad femenina, y en busca de mujeres significativas, encuentra a **Aspasia**. Esta mujer milesia, que fue una belleza en su juventud y una filósofa, también hetaira en Atenas y amante y amada por **Pericles**, tiene en los diálogos de Platón un trato excelso. Prácticamente, fue Platón, el escritor de la filosofía, quien la convirtió en un

personaje mítico. Como bien recuerda Irene Vallejo, el poeta alemán **Hölderlin** le dedicó unos hermosísimos versos, junto a Sócrates, Platón, los héroes de Maratón, el Iliso, río cercano a Atenas, en un friso que expresa la nostalgia de Grecia y donde lo histórico, la naturaleza, los personajes de momentos distintos conviven en un concentrado tiempo histórico, idílico, como en la Escuela de Atenas de **Rafael de Sanzio**. Quiero pensar, siendo amable con la autora, que fue esa representación lo que le inspira a Irene Vallejo a "imaginar" (como dice, literalmente) que Aspasia influyó en Platón de manera que "aquel individuo, a quien leemos que nacer mujer es una condena y una expiación, escribiera estas líneas asombrosas en su *República*: "Ninguna ocupación en el gobierno del Estado corresponde a la mujer por ser mujer ni al hombre en cuanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos, y la mujer participa, por naturaleza, de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre"².

Difícilmente podía Platón recibir la influencia de Aspasia en ese punto. Aspasia vivió entre el 470 y 400 a.C., Platón nació en el 427 a.C., y abandonó Atenas tras la muerte de Sócrates en 399 a.C. Pericles había muerto en el 429 a.C. El filósofo pudo haber recibido alguna influencia de Aspasia cuando era adolescente y seguía a Sócrates pero resulta difícil pensar que tuviera acceso a los cenáculos intelectuales de los grandes personajes de esa generación anterior a la suya, entre los que se contaban el gran sofista **Protágoras**, Pericles, **Fidias**, Aspasia, Sócrates, el viejo filósofo Anaxágoras.

La necesidad de reivindicar influencias femeninas es loable si no desatina la mirada crítica e histórica. Platón es una *rara avis*, en efecto, y un problema aún no resuelto en estos primeros estadios del estudio feminista intensivo. Posiblemente, la igualdad de roles y capacidades entre hombre y mujer en *República* se deba al modelo de la mujer espartana, más que a las grandes figuras de la democracia ateniense y a la influencia de mujeres provenientes del oriente jónico.

Los regímenes como el espartano y el cretense, que inspiraron a Platón su alternativa a la manipulada democracia ateniense que sucedió a la Tiranía de los Treinta (la democracia decadente y suicida que "asesinó a Sócrates"), como han señalado **Jean-Pierre Vernant** y otros estudiosos de la economía y la cultura de esa época, presentaban unas condiciones de propiedad de las tierras y de estrechamiento demográfico y voluntario aislamiento, que tuvieron que ver en que las espartanas fueron dueñas de sus haciendas al morir maridos o padres; de ahí estas propietarias fueron libres y tuvieron una proyección más pública. Los atenienses, que volvían de los juegos olímpicos, se asombraban de haber

² *Op. cit. El infinito... p. 226*

presenciado una carrera de atletas espartanas, desnudas y embadurnados sus hermosos cuerpos del oloroso aceite, como sus compañeros los varones atletas. *Corrían como los caballos en el sueño*, dice con temblor un poeta, y no sería para menos soñarlas así.

(continuará)



Este texto es continuación del artículo "Las torpezas de un libro excepcional: El infinito en un junco, de Irene Vallejo".

CRÍTICA AL CRÍTICO. UNA CRÍTICA DE PLATÓN. "FEDRO" Y "LA FARMACIA DE PLATÓN"

(2)

Irene Vallejo, la autora de *El infinito en un junco*, mantiene el mismo estupor que yo tuve un día hacia Platón, después de leer su diálogo *Leyes* y dos textos de interpretación en apariencia contradictorios, en cuanto que uno, *La sociedad abierta y sus enemigos*, de **Karl Popper** (en especial, el capítulo dedicado a Platón como pensador autoritario) me pareció una reflexión imprescindible, sobre todo, a la altura de la historia en que el libro apareció (cuando los totalitarismos comunista, nazi y fascista estaban en auge; el libro denuncia la base teórica que tanto **Marx** como Platón, **Hegel**, pueden ofrecer a dichos regímenes y a otros peores, distópicos); y por otra parte, el otro libro, *Teoría de la justicia*, de **John Rawls**, aparecido a principios de los setenta del siglo pasado, libro que intenta conciliar la justicia, la libertad y la igualdad, el liberalismo y la filosofía política social; todos estos términos difícilmente dóciles a ensamblarse en una fórmula mecánica, y que requieren tener siempre en cuenta el ideal de justicia como marco

utópico, la idea platónica de justicia, para un ajuste y reajuste continuo y contextualizado a cada sociedad y momento histórico; con lo cual, simplemente, Rawls se “cargó” las dicotomías irreconciliables en la teoría ética y política anterior, de modo que, indirectamente, críticamente, viene a darle valor a la libertad y a la posición de Popper, un imprescindible para el pensamiento desde entonces, si se lee, igual que a **Hayek**, en su contexto; de rebote, Popper, Rawls nos hacen volvernos a interesar por Hegel, Marx, Platón, desde una posición no dogmática, más atenta a sus “escritos”, donde (como hace ver otro ensayo fundamental, *La farmacia de Platón*, de **Jacques Derrida**), se nos muestra una diversidad de perspectivas, de sugerencias, muchos “Platón” casi inabarcables y cada uno de ellos fuente para toda una filosofía y generador de su propia *historia* de un estilo de pensamiento.³

Derrida ha dedicado excelentes estudios a Platón, como “Khora”, explorando la multiplicidad y riqueza del pensamiento platónico, irreductible a un sola versión o texto de Platón. Escritor cuyo discurso está, además, diseminado en las voces de los múltiples personajes de los diálogos: no sólo Sócrates, Protágoras, **Gorgias**, los sacerdotes egipcios, etc. Pero ahí en “La farmacia de Platón” el autor francés se centra en el diálogo “Fedro”.

Recogemos esta reflexión sobre el juego, del ensayo de Derrida (epígrafe 9, El juego, p. 237 y ss):

“Se ha podido creer que Platón simplemente condenaba el juego y con él el arte de la *mimesis* <una especie de juego, donde está incluida la escritura. *Nota nuestra*> (...) “Al juego y al arte Platón los pierde al salvarlos... Platón habla bien del juego, en el mejor sentido del juego, el vigilado y controlado por las balastradas de la ética y por la política. Es el juego comprendido en la categoría inocente de lo divertido. Del *divertimento*.” <El juego (en abstracto) está implicado con la *paideía*, con la pedagogía. En ese contexto hay que entender la domesticación del juego en Platón y su crítica a las artes, de hecho, es así, en el contexto de un programa de estudios para niños y adolescentes, en *Republica*. Bien distintos son los juegos, en plural, donde se desarrolla un logos adulto (no comprender esto es lamentable para la educación). *Nota nuestra*.>.

³ Derrida, Jacques: “La farmacia de Platón”, ensayo incluido en *La diseminación* (Trad. al español en de José Martín Arancibia, editorial Fundamentos, Madrid, 1975). Citamos a partir de esta edición.

Seguimos al filósofo francés:

“El juego se pierde siempre salvándose en los juegos. (...) esa desaparición del juego en los juegos. Esa (no) lógica del juego y de la escritura permite comprender algo ante lo que ha habido tanto asombro: ¿por qué, subordinando o condenando la escritura y el juego, ha escrito tanto Platón, presentando, *a partir de la muerte de Sócrates*, sus escritos como juego, y *acusando* a lo escrito en el escrito, presentando contra él esa acusación (*grafe*) que no ha dejado de resonar hasta nosotros”. (p. 239-240. *op. cit.*). <Nota nuestra: *Grafé* (acusación) tiene la misma raíz que escritura-grafía como inscripción. Lo dicho en ella, la dicción, se diferencia de la inerte inscripción, de los signos mudos escritos. Ese juego de palabras y de sutil contradicción en la estructura misma de lo escrito, de los libros; la diferencia, en suma, entre pensamiento, palabra viva y sema-cápsula o tumba del pensamiento y de la palabra, es lo que genera modos como la ironía, la metáfora, y aquí el juego platónico contra/a favor de lo escrito>

Seguimos leyendo a Derrida:

“¿Qué ley rige esta “contradicción”, esta oposición consigo de lo dicho contra la escritura, dicho que se dice contra sí mismo desde el momento en que se escribe, que escribe su identidad y alza su propiedad *contra* ese fondo de escritura? Esa “contradicción” no es otra cosa que la relación consigo de la dicción que se opone a la inscripción, expulsándose a sí misma al perseguir a lo que es propiamente su *añagaza*, esa contradicción no es contingente.”

Esta sentencia definitiva de Derrida, y a través suyo, de Platón, nos muestra el dinamismo permanente de la escritura (y su vocación crítica y autocrítica, como uno más de sus juegos).

Ahora, regresamos unas páginas atrás en el ensayo de Derrida, para leer unas frases, en mejores condiciones de entender la relación entre Platón y la verdad. Dice Derrida:

“Hay que tener cuidado: En el momento en que Platón parece alzar a la escritura, haciendo del habla viva una especie de grafía psíquica, mantiene ese movimiento en el interior de una problemática de la *verdad*. La escritura *en te psijé* <en el alma> no es una escritura de desbroce, sino sólo de enseñanza, de transmisión, de demostración, todo lo más de descubrimiento, incluso de *aleceia* <verdad, *aletheia*>. Su orden es el de la didáctica o de la mayéutica, en cualquier caso, de la elocución. De la dialéctica. Esa escritura debe ser capaz de sostenerse a sí misma en el diálogo vivo y sobre todo de enseñar convenientemente lo verdadero, tal como está *ya* constituido.

Esa autoridad de la verdad, de la dialéctica, de lo serio, de la presencia, no se desmentirá (...) cuando Platón, al haberse de algún modo reapropiado de la escritura, lleva la ironía -y lo serio- hasta la rehabilitación de cierto juego. Comparada a otros juegos la escritura lúdica e hipomnésica <mera repetición de los signos mudos a cada lectura, imitación de la palabra viva sin introducir diferencia, de baja memoria, pues>- la escritura de segundo orden vale más". <En ese segundo orden de escritura, gran parte de la literatura y de la poesía>. "Hay cosas peores". <Esa escritura hipomnésica vale>, continúa Derrida "si está al servicio de la dialéctica y para dejar una huella (*ijnos*) a quien quiera seguir su pista por el camino de la verdad".

He traído esta larga cita sobre la verdad y la escritura para que nos hagamos una idea de la complejidad de Platón. Por un lado, una especie de primer gramático o un **Wittgenstein** avanzado que distingue entre géneros de escritura (en relación a la verdad), entre usos o juegos de lenguaje. Por otro lado, un Platón "inaceptable" para unos, estimulante para otros, tras el giro que presenta el adverbio *ya*, al referirse a una *verdad ya constituida*, que el dialéctico ha de buscar, encontrar. Tal como lo ha presentado Derrida. Así que, ahondando la complejidad: por un lado, la propensión al dogmatismo, por otro la denuncia del relativismo y del fácil escepticismo, como nos recordará el proverbio de **A. Machado**, platónico en este punto, respecto a una verdad por encontrar. *Tu verdad, no; la verdad; / y ven conmigo a buscarla, / la tuya guárdatela*. La verdad idealmente objetiva, como objetivo heurístico, como tarea en común, participativa del logos en diálogo, la verdad como fundamento del método, de cualquier método y reglas metódicas: en este caso, de la dialéctica platónica que es el método de la filosofía viva. La verdad como aspiración a la verdad, que nos recuerda aquel pensamiento de **Unamuno** de que, para él, creer era querer creer. Y estos versos del poeta aragonés **Ángel Guinda**, con ellos dejamos al lector reflexionar:

*Bueno es saber sin saber que se sabe.
Saber es la riqueza de lo que no se tiene.*

(Aparición y otras desapariciones, p. 50. "Amanecer con lluvia". Ed. Olifante)

(3)

CONCLUSIONES I. LA INALCANZABLE REALIDAD Y EL IMPULSO DE LA VERDAD

Mantuve como Irene Vallejo un recelo hacia Platón (un Platón que como una mera repetición se daba y explicaba en los libros de texto de Filosofía, sin ver su fondo abrupto y erizado contra nuestros prejuicios democráticos, como si su diálogo *República* fuera un documento de pedagogía libertaria y una loa a la ética y a la política post-derechos humanos) hasta que me di cuenta de que al filósofo de la Academia le debemos, en nuestra cultura, y en la futura más aún le debieran, algo muy importante: el impulso de la verdad. Es otra forma de pasión, la pasión por la verdad, otra ilusión si queremos verlo así, tan ilusión y tan poderosa como la ficción. Hay gente apasionada por la ilusión de la verdad (y por distinguir lo real de lo no real, la *inalcanzable realidad*, que diría **Caty García Cerdán**, en un artículo sobre *El Quijote*). Pero, como **Borges** dice de la metafísica, que pertenece al género de la literatura de ficción, el afán por la verdad es otra pulsión literaria, otra obsesión metafísica, inseparable de la misma ficción literaria. ¡Qué sería de una cultura que admitiese que todo es ilusión e imágenes o palabras solamente, sin más! (A lo mejor, la budista: obsesionada por el vacío y la no realidad de todo).

Por otra parte, la filosofía es ante todo crítica de libros, de la cultura, de *nuestra* cultura donde gentes como Platón, Aristóteles etc, decidieron crear ese género literario que busca la verdad: la filosofía.

En cualquier caso, es un tema muy discutible e importante. Implica qué valor tiene esto de la cultura, de la literatura, la filosofía, la misma política (Platón inventó la "justicia" como ideal, diferente a las leyes concretas, que nunca llegan a él.) Pero ¿fue un antidemócrata? (¡Y son demócratas, quiénes: los de un partido solo! ¡Cómo se puede ser demócrata militando en un solo partido o secta! Contradicción de la democracia en sí misma, que acepta parceladas agrupaciones de dogmáticos disputándose ritualmente el poder cada cierto tiempo). Hay muchos "Platón", no es fácil quedarse con uno solo, o una simple caricatura de un tipo tan complejo.

(4)

CONCLUSIONES II. LA ESCRITURA NO ES LA REPETICIÓN VIVA DEL SER VIVO... LA POESÍA PUEDE SER.

Con Jacques Derrida en su lectura de “Fedro”, nos interesó seguir, las distinciones entre anámnesis (reminiscencia), memoria viva y hipomnesia. Es como una cadena, donde lo primero es la visión única, como primera y original; luego la repetición en la palabra viva de la memoria viva, y por último la repetición de la repetición, en la memoria hipomnésica (en la cual cae la escritura falta de otro impulso). La escritura hipomnésica, aclara Derrida en otro momento, es una escritura sin anámnesis. Es repetición de la repetición. Aunque toda verdad necesite la repetición, la memoria, cuando esta se convierte en algo inerte no produce revelación o recuerdo de la verdad. Platón siempre tiene ese trasfondo misterioso del conocimiento adquirido antes de la vida, y del mundo de las Ideas como la verdadera realidad. Su posición existencial es radicalmente paradójica, y no se puede olvidar esta “creencia” metafísica, o existencial, según nosotros, de Platón. Su alternativa del otro mundo, como bien vio Nietzsche, llamándole un alienado del trasmundo, es inseparable de cualquier pensamiento de Platón cuando este se sigue a sus consecuencias o se remota a sus premisas.

La hipomnesia (comenta Derrida) se convierte en cierto modo en contraria a la memoria, al hacer depender esta de ella. La escritura hipomnésica es repetición de la repetición, nunca repetición de la palabra viva, nunca verdadera memoria que en cierto modo se autoestimula y da el salto o genera ella misma el salto a la verdad.

La hipomnesia “repite la repetición”, “a diferencia de la “buena” repetición (la que presenta y reúne al ser en la memoria viva (...)) La escritura sería una pura repetición y por tanto una repetición muerta, que puede siempre no repetir nada (...) Repetición pura ...repetición del significante, repetición nula, o anuladora, o repetición de muerte, es todo uno. La escritura no es la repetición viva del ser vivo.” (p. 205. *op. cit.*).

La escritura no es la repetición viva del ser vivo. Sin embargo, la poesía... A veces un poema como este de **José Luis Martínez Valero** nos parece una negación de esa sentencia, una no-escritura y, por tanto, la escritura viva, natural. Reproduzco, con permiso de su autor, este poema inédito hasta el momento en que escribo estas líneas:

Cada uno de los libros
que tengo en casa
algún día fueron ramas y hojas
de aquellos árboles,

que el viento mueve en mi cabeza,
donde el mar y el aire de nuestra historia
hace tiempo reposa.

(José Luis Martínez Valero, "Libros").

Fulgencio Martínez López, profesor de Filosofía, poeta y editor de *Ágora*

1- 5 de mayo 2023